

LA NOVELA SEMANAL



EXPIACION

Por J. L. Fernández de la Puente.

PRECIO: 10 Centavos

*Agua
de Colonia*

Duc

*Unica por su delicada
aroma*



Frasco grande \$ 5.50

Pídala en

**Farmacias y
Perfumerias**

Blas L. Dubarry

**MEDRANO 476
BUENOS AIRES**

La Novela Semanal

Administración: **FLORIDA 248 - Buenos Aires**

UNICO CONCESIONARIO PARA LA VENTA EN LA CAPITAL FEDERAL
LUIS B. GALVAN

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Florida 1408

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo, 1280

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso.
2. La huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría). (Agotada) en Reedición
3. Artemis, de Enrique Larreta.
4. Una madre, en Francia, de Belisario Roldán. (Agotada) en Reedición
5. Luna de Miel, de Manuel Gálvez.
6. La Psiquina, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de José Ingenieros.
8. El Cofre de Ebano, de Alejandro Sux.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El Instinto, de Pedro Sondereguer — (Edición Agotada). en Reedición
11. La Evasión, de Benito Lynch
12. La Ciudad del Amor y la Muerte, de Julián de Charras.
13. El Babú de Narayana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña.

El Lunes próximo se publicará Un casamiento en el gran mundo

de **ELSA NORTON**

Este trabajo interesante en sumo grado despertará la atención pública por ser revelador de intrigas de nuestra alta sociedad.

SUCESIVAMENTE

16. **Plutón**, interesantísima novela de Julio Navarro Monzó

Autor de "Renacimiento Místico".

17. **Bobó**, Novela inédita de Miguel R. Roquendo

Conocido autor de "Los Saguaypés" y de otras obras dramáticas.



NEOLAXAN

LAXANTE - TÓNICO - VEGETAL

El único laxante que no produce hábito, irritaciones ni dolores.

Remedio eficaz contra la constipación intestinal y perturbaciones digestivas.

Depositario General:

RAUL ALMEIDA - Lavalley 1059 U. S. 3318 Lib.

DONACION
DE
F. GARCIA VELLOSO



Nota de la Dirección

AL PÚBLICO EN GENERAL

Hallándose ausente en Córdoba la Sra. ELSA NORTON y debido a la huelga ferroviaria las pruebas corregidas de su producción no han podido llegar a nuestro poder, viéndose obligados por tanto a postergar para la próxima semana la publicación de su obra.

PIDANSE EN LOS KIOSKOS ESTACIONES DEL SUBTERRANEO Y VENEDORES DE DIARIOS, LOS NÚMEROS ANTERIORES

LABORATORIO DE ANÁLISIS MÉDICOS

Reacciones biológicas y diagnóstico histopatológico - Modernas reacciones de diagnóstico del Cáncer (Meiostagmina, Precipitinas, Abderhalden, celular).

Análisis de orina y de esputos

ATENDIDO PERSONALMENTE POR:

Dr. Julio de K. Pelletan, Médico

Dr. Carlos A. Correas, Médico

Raul Laplacete

LAVALLE 1394

U. T. 4978 - Libertad

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

EXPIACION

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

J. L. FERNANDEZ DE LA PUENTE

Zulema, dama hermosa si las hubo, pirata de corazones, infierno y cielo a la vez de las almas que ganaba por sorpresa o por asalto, despertó un día en su alcoba a las seis de la mañana. Por el horado abierto en un postigo enhebraba el sol un hilo luminoso, clavado en línea oblicua, como un alfiler de oro, en el hombro sonrosado y terso de la joven. Era el mismo rayo que al posarse un minuto antes en los ojos, hirió a través del párpado sus pupilas dormidas, despertándola.

Con la cabeza vuelta sobre el cuello, Zulema se recreó por un instante contemplando aquella herida de luz que enardecía, apenas, el cutis impecable. Desvió después la vista, deslizándola perezosamente por la multitud de cuadros que cubrían en parte las paredes, y la detuvo, al fin, en una tela en que la Inmaculada de Murillo trasfundía en el éter, en síntesis gloriosa, el candoroso encanto de su espíritu en calma. ma, flotante en su mirada como una humareda de perfumes.

No era precisamente devota. Placiale la actividad intelectual constante, en la que ejercitaba con ventaja copiosas energías, rehusándose, en cambio, al reposo enervante del recogimiento necesario para la profesión de la fe. Sin embargo, amaba bien a esa efigie, desde niña, plugiéndole en grado sumo la celestial dulzura y el sueño de pureza que iluminaba su rostro, como un soplo centelleante de los espíritus santos. A ella había acudido, en épocas pasadas, para abreviar en su divina imagen, como en una fuente de aguas milagrosas, el

alma atormentada por la sangre joven y el placer apenas entrevisto. Cien diversas circunstancias de la vida, que hacía, opulenta y ociosa, motivaron luego el desbande de sus ideas místicas y ahogaron lentamente la devoción sencilla de sus años primeros.

Joven hasta de cinco lustros, bien proporcionada, ofrecía a los ojos un tipo de belleza autóctono, realzado por cierta irradiación de fuerza que parecía emanar de toda su persona, y en la que residía, acaso, el secreto de su frecuente facilidad de dominio. Sobre la curvatura de la frente, sus cabellos castaños, partidos por el medio, se abrían habitualmente en bandas onduladas, rodeando las sienes y el pabellón de la oreja. La nariz era recta y de aletas un tanto dilatadas. Sus labios, gruesos y de un rojo de sangre, aparentaban siempre estar húmedos, en razón de la frescura que los hacía adorables. Terminaba su rostro en una barbilla delicada, y era su gesto noble e imperioso a un tiempo, como el cuño de una moneda antigua.

Había heredado de sus antepasados españoles virtudes intelectuales discretas, a las que unía una serena altivez. En ella remataba una prosapia emprendedora de señores guerreros, a los que el valor y la audacia señalaron, hacia los cuatro vientos, nuevos horizontes. Su abuelo, — un buen patriota, — fué el último soldado y el primer labrador. Más generosa que la gloria, le dió la tierra un tesoro, heredado más tarde por un hijo, que entró en la dote de Zulema cuando, cumplidos los veinte años, tomó ésta estado en la vida.

De Dios estaba que fuera el matrimonio, en su existencia, casi un caso fortuito. Entre sus amadores prefirió a Ernesto Funes, su amigo de hacía poco, porque le supuso capaz de la energía pasional que soñaba, y porque a su varonil figura sumaba una hermosa inteligencia y un carácter amable. De esta predilección no pudo derivarse, empero, una inclinación afectiva en favor del elegido, a quien se unió sin amarle, por un simple prurito de aventura, arrastrada por el loco anhelo que la inducía siempre a trasponer, con ánimo seguro, las puertas prohibidas del misterio. Embriagada de orgullo, impulsábala, asimismo, la soberbia ambición de guerrear en campo abierto con la suerte, jugándose el futuro en el azar de la primer jornada. Además, su naciente espíritu de imperio

requería una víctima en quien poder ejercer a todas horas su influencia prepotente, subordinando a su arbitrio la voluntad del vencido, en una absorción metodizada de sus fuerzas reactivas.

No obstante, toda su argucia se estrelló en el ánimo prevenido de Ernesto, dando lugar a que no se produjeran las condiciones de afinidad necesarias para que fuera posible el predominio soñado, e impidiendo que le supieran a gloria las dichas entrevistas, como un celeste arcano, desde los maravillosos jardines del deseo. En tales condiciones, la vida se hizo pronto insoportable, provocando su fácil repugnancia con esa convivencia estólida, sin conexión de ideas, ni comunión de anhelos, vulgar y estéril, en la que para aligerar la noche del hastío no lucía, siquiera, la estrella orientadora de un ideal salvador.

Suficientemente egoísta para vivir a disgusto, se separó a los dos años, sin otra causa ostensible que la que fué de su enlace: su capricho indomable. Creyendo muerto un cariño de cuya preexistencia no estaba entonces seguro, dejóla partir Ernesto, con la esperanza, a poco tiempo perdida, de remediar después su derrota, que fué a ocultar, resignado, en un predio del norte.

Instalada en casa de los suyos, Zulema realizó, entretanto, la vida brillante que había preferido y a la que estaba virtualmente obligada por la volubilidad de su espíritu. Abrocáronla al principio la malevolencia y la envidia, de cuyo ataque insidioso la defendió la magestad de su orgullo, engrandecido en la lucha. Su hermosura y su ingenio le conquistaron luego una corte, donde reinó e hizo estragos, encendiendo como al descuido, perversa o distraídamente, amores predestinados que al asomar a los labios hallaban, sin remisión alguna, su Puente de los Suspiros.

Complaciase, por mero pasatiempo, en atormentar las almas de sus amigos, despojándolas de todas sus floraciones y escudriñándolas hasta en sus más íntimas reconditeces, en una vivisección torturadora e impía, no exenta de peligros. a los que se exponía sin recelos, descontando el triunfo de antemano. Después, cuando las pobres almas agotadas no tenían ya encantos que ofrecerle para alimentar su emotividad insaciable, ávida siempre de agitaciones voluptuosas in-

tensas, cerrábales la viña de su espíritu, bajo cuya fronda suntuosa de pámpanos enrojecidos por el ardor de la savia no voivía a proyectarse, en mucho tiempo, la sombra del caído.

Vivía así, esterilmente, distrayendo sus apetitos sentimentales más vivos con artificios sutiles, de realidades y ensueños, fantásticos y encantadores, aunque insuficientes del todo para calmar, siquiera, las exigencias de su vitalidad prodigiosa, condenada a desfogarse en el circuito de las sensaciones a medias. De ahí esa fatiga de deseo que solía enervarla, con intermitencias irregulares, inesperadamente, en un acabamiento insólito de sus energías de resistencia, que precipitaba en su alma un sentimiento amargo de cansancio, mediante el cual todo parecía ser, en su vida, desolado abandono. Esforzábase, entonces, por arrancarse a ese estado de ánimo penoso, que limitaba el vuelo de su fantasía e interrumpía la apacibilidad de su espíritu, para resolverse después, habitualmente, en una crisis de tedio abrumadora, de la que salía sólo en gracia de su voluntad de reacción.

* * *

De una de estas pesadillas y no de un sueño blando y confortante pareció despertar Zulema esa mañana, cuando, ante la lujuria del sol, que la besaba, aparentó sonreír, no sin tristeza, cual si no hubiera repulsado todavía los últimos resabios del hastío anterior.

Apartó los ojos de la maravillosa imagen de la Virgen y comprobó la hora, haciendo un ligero gesto de disgusto al observar el reloj.

— ¡Las seis, apenas!... — musitó entre dientes.

Y arropándose en las ricas sábanas del lecho, volvióse con disposición y deseos de reanudar el sueño interrumpido, tornando a fijar la vista en la Inmaculada, cuya serenidad extrahumana parecía consubstanciarse con su propio espíritu vibrátil. Recordó entonces, de improviso, la solemnidad del día que empezaba.

Era sábado, víspera de pascua de resurrección.

— ¡Qué herejía! — pensó — ¡Haberlo olvidado!...

Formó entonces el propósito de acudir a la misa tradicional de gloria, cuyo esplendor y lírica alegría hacíanle sin-

gularmente agradable el místico convite en que el Cordero evangélico se ofrece, como un pan de pureza, sin acidez ni amargura, para las almas en gracia. Por otra parte, en ocasión como esa, cuatro años antes, se sintió o le pareció sentirse enamorada de Ernesto, cuyo pensamiento, probablemente, descansaba entonces en ella.

¡Con cuánta precisión y exactitud de detalles recordaba ahora, por vez primera, el rápido suceso! De todos sus galanteadores de salón, Ernesto fué el único que la siguió aquel día hasta el templo, en el que no advirtió ella su presencia hasta algún tiempo después de dar comienzo el oficio. La sugestión del ambiente, condensada en la profusión de luces que iluminaban el interior de la iglesia, el perfume emanante de las flores y el gozo comunicativo de los coros litúrgicos, había despertado en ella, de pronto, un sentimiento de alegría, que llegó a oprimirla como una tierna congoja o un dulce peso llevado en su corazón.

Por eso, cuando en la segunda antifona el sacerdote repitió el ritual:... "*qui loetificat juventutem meam*", ella apartó los ojos del ordinario de la misa, elevándolos como en un movimiento de ansiedad, para abatirse luego y posarse en los de Ernesto, cual si la mirada bondadosa y grave del joven los hubiera atraído. Ella pensó entonces que no era Dios, justamente, quien regocijaba en ese instante su juventud, sino el amor de aquel hombre.

Durante el resto y hasta la terminación de la ofrenda, se complajo en observarle de cuando en cuando a hurtadillas, retirándose, al terminar la misa, dispuesta y hasta segura de poder corresponder alguna vez a ese amor, en el que en ese momento confiaba hallar, con el andar del tiempo, una satisfacción cumplida de sus anhelos actuales, fundamentados en un orgullo invencible y en una inquebrantable resolución de vivir.

El recuerdo de aquel sencillo episodio le trajo seguidamente a la memoria su actitud posterior, de la que empezaba a no sentirse ya satisfecha. Breve tiempo hacía que esta idea venía preocupándola, como una rara obsesión. Ello le disgustaba por cuanto la obligaba a reconocer que tal estado de espíritu sólo suponía un naciente amor por su marido, cuyo comportamiento la humillaba, al contrastar por su austera

dignidad con la conducta que ella había adoptado.

Al trasluz de los párpados corridos columbraba ahora la silueta grave y pensativa de su esposo, distrayendó sus horas de melancolía o de tedio en el refugio apacible en que se había exilado. En la perspectiva lejana del recuerdo, veíale a través de los dos años que de él la separaban, con todos los atributos de su hombría de bien, en los que por su parte apenas había detenido la atención, sin que ello obstara para que aparecieran hoy a sus ojos con nítidos relieves, realizando con singular prestigio esa personalidad que empezaba al fin a subyugarla. Solícito y severo, sin debilidad ni arrogancia, él había sabido oponer al capricho de su voluntad despótica una incontrastable resistencia pasiva, que no excluyó jamás la expansión de su ternura, ni excedió en momento alguno los límites impuestos por su cortés pleitesía. Sin duda alguna, él era el único hombre que la había amado sinceramente hasta entonces, y el único, también, que había demostrado merecerla.

Penosos al principio, por cuanto la herían en su arrogancia de mujer voluntariosa y tirana, acostumbrada a vencer, los pensamientos de la joven respecto de su esposo fuéronle siendo cada vez más agradables, hasta llegar finalmente a solazarse en ellos, con mayor delectación, acaso, que la que pocos minutos antes había inundado su espíritu, al recrear sus ojos en la efigie de la madre de Dios. Gozábase, en uno como placer morboso, hasta en la evidente desventaja que para ella surgía en la comparación de la actitud de uno y otro, y sintió a poco andar, por vez única en la vida, que la profundidad azul de su conciencia se obscurecía, tal como un pleno meridiano qua la tormenta imprevista tornara en noche cerrada, y que en la honda negrura retumbaba una voz solemne e inflexible que parecía acusarla.

Meditó en su existencia de los últimos cuatro años, haciendo desfilar en la memoria los sucesos culminantes, en los que le cupo siempre el desempeño de primera heroína, y se vió a sí misma tan injusta, tan egoísta, tan frívola, que, por contraste, la figura de Ernesto apareció definitivamente a sus ojos, luminosa y serena, con los contornos netos de la alta personalidad moral que constituía en la realidad severa de su vida. Conoció así el remordimiento y se sintió humillada; pero su humillación no era amarga ni dolorosa, y al dismi-

nirla ante el propio concepto intransigente, la inundaba en cambio de una suave emoción desconocida que la fué enterneciendo grado a grado, hasta que una inmensa ansiedad anudó con garra invisible su garganta y estalló en un sollozo.

Cuánto duró esta crisis, no sabría precisarlo; pero cuando, como de costumbre, su doncella apareció trayéndole el desayuno, que ella tomaba habitualmente en el lecho, hubo de sorprenderse al encontrarla en pie y vestida sin su ayuda, sentada a su pequeño escritorio, en disposición de escribir.

— No te necesito. Puedes marcharte, — fué la breve respuesta terminante que la criada obtuvo al ofrecer sus servicios.

Salió, en efecto, y casi al mismo tiempo, por el balcón abierto de par en par, entró el eco de la sinfonía con que la voz vibrante del bronce consagrado anunciaba, desde los campanarios, bajo el esplendor del cielo propicio a la elevación mística de los corazones, la apoteosis simbólica con que la liturgia exalta y glorifica la divinidad del Verbo, encarnado en nuestro propio barro deleznable. Fué primero una campanada lejana, en seguida otra más próxima, luego otra y otra, y otra, intermitentes y graves al principio, más frecuentes y mezcladas con tintineos débiles después, hasta formar por la acumulación de los sonidos un concierto jubiloso de notas fuertes y agudas, que expandían de los ojivales de las torres como bandadas de innumerables palomas, en la delicada imagen del bardo fluminense, para ir a buscar calor de nido en la intimidad conmovida de las almas sinceras y creyentes.

Zulema cayó entonces en la cuenta de que sus divagaciones le habían malogrado el propósito de asistir a misa, y otra vez, como horas antes, reprodujo en su imaginación el espectáculo del sacrificio sagrado, embelleciéndolo, acaso, con los recursos de su imaginación un tanto exasperada por el choque de ideas y emociones que habíanla agitado.

— ¡Gloria! — entretanto, — parecía exclamar el repiqueteo armonioso de las campanas. — ¡Gloria! — el eco presentido de los concentos corales, acompasados a la magestad serena de los órganos. — ¡Gloria! — el bullicio de la multitud que hervía en las aceras. — Y ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria! in excelsis Dei! — el ritmo indefinible de la luz solar enardecida, del azul purísimo del cielo, del tenue perfume undi-

vago, que entraban a raudales por el cuadrado de su balcón, para llevar al alma de Zulema la amargura infinita de la oposición que ofrecían el júbilo espiritual que a esa hora llenaba el mundo, y la inmensa tristeza que a ella la dominaba.

: Cesó al fin el repique y la joven, habiendo recobrado el dominio de sí misma, comenzó a escribir. Era una carta, y empezaba así:

— “Mi querido Ernesto.....

* *

Probablemente, Zulema no escribió nunca una carta con tanta facilidad. Ligera y firme, su manecita se deslizaba sobre el fino papel sahumado, con la serenidad rítmica de un vuelo. A las veces deteníase un instante, como para condensar y ordenar el pensamiento; levantaba el rostro, al que el frescor matinal concedía un nuevo encanto, y entrecerrando los ojos para explorar mejor en su conciencia y penetrar más hondamente en sí misma, adquiría, una apariencia hierática, desvanecida, como en la visión de un sueño, al inclinarse otra vez sobre el pupitre y continuar, logrado aquel objeto, la obra interrumpida. Nuevamente fluían entonces los renglones, como si el alma puesta en los puntos de la pluma, las fuera ajustando, con las sentimientos e ideas que expresaban, a la eritmia intrínseca de la tierna pasión que los urgía.

Escribió así varios pliegos, y cuando hubo terminado, abandonó la pluma y quedó aún pensativa, acodada en la gaveta y apoyadas las sienes en las palmas, mientras las yemas de los dedos holgaban suavemente, casi ocultas en el oro obscuro de la cabellera apenas aliñada. Después, con prolija lentitud, reunió las carillas, superponiéndolas en orden inverso sobre la última escrita, y comenzó a leer, palabra por palabra, línea por línea, con atención concentrada, quedo, muy quedo, las hojas en que había volcado, en un arranque imprevisto de sinceridad, su corazón complejo y selecto, cuyas notorias contradicciones ella aceptaba como una fortuna o una desgracia fatales, sin pretender explicárselas.

Incitaba a la curiosidad esa carta, escrita casi al correr de la pluma, que debía ser interesante, a juzgar por el efecto que ella producía en quien la había firmado. Para saberlo, habría bastado leer la última línea, no menoe simple que la

primera. Mientras la una insinuaba: "Mi querido Ernesto...", la otra confirmaba: "Soy toda tuya...". Y la firma.

Pero si aún restaran dudas, hubiéranlas disipado las mutaciones advertidas en Zulema, a medida que avanzaba en la lectura de esa misiva, que a pesar de estar inundada por su espíritu, parecía tomarla de sorpresa. Sucediáanse las carillas bajo sus dedos frágiles, y las más variadas emociones iban transparentándose sucesivamente en su rostro, ya en el rubor que encendía a ratos sus mejillas, en el vivo fulgor que esplendían a veces sus pupilas, en el ceño adusto que turbaba, en otras, la pulcritud marmórea de su frente o en la agitación que expandía en ocasiones su seno, en el isocronismo precipitado y violento de unas que fueran como la diástole y la sístole de un hondo anhelo escondido.

Hubiérase podido asegurar, sin leerlas, — y nadie se habría equivocado, por cierto, al afirmarlo, — que en esas líneas Zulema franqueaba por la primera vez a las miradas profanas su fantástico huerto sentimental, de cuya umbría enmarañada emergencia, en la plena desnudez de las estatuas clásicas, su inquietante espíritu proteico, en el que las perfecciones brillaban como estrellas en la cumbre de los conos de sombra proyectados por sus posibles defectos.

Hasta ella se reconocía, en esa carta, así en la humildad de su arrepentimiento como en la intrepidez de su audacia; lo mismo en la ternura que expresaba como en las reservas que hacía; tanto en la espontaneidad con que se dolía de las cuitas que ella había causado, como en las reticencias con que se jactaba de las que había sufrido. Se reconocía en la esquila tal como era, como sólo la veía Dios, como sólo se veía ella, como sólo quería que la viera, — siquiera fuese una vez, — el hombre a quien iba dirigida. Y de ahí las diversas emociones que la conmovían al leer y releer esos párrafos, que encerraban la confesión de su vida, su arrepentimiento, su abdicación, su amor naciente y el deseo de reparar, junto al esposo, el pasado un tanto turbulento, expresado todo con la serena dignidad de quien, al reconocer lealmente un error y enunciar un propósito de enmienda, manifiesta ya, con la enérgica sinceridad de esos actos, no estar dispuesto a la humillación de consentir o implorar, en vez de olvido, perdón.

Absorbida estaba aún Zulema en su lectura, cuando apareció nuevamente la doncella:

— La señora de Vargas, — anunció.

— Hazla pasar aquí, — ordenó Zulema, mientras guardaba la carta en la carpeta y disponía ligeramente la bata mañanera que cubriale el busto.

La de Vargas estaba ya en el dintel. Con un saltito felino estuvo junto a su amiga, y cuatro besos sonoros y reciprocos, aplicados con furia en las mejillas, comprobaron que las dos jóvenes damas se querían, quizá, entrañablemente, o no se amaban nada. Como quiera que fuese, Emilia Leoncio, viuda de Vargas, era la única persona que gozaba en la casa del privilegio de pasar directamente a las habitaciones de Zulema. Amigas desde la infancia, en que el azar las reunió por varios años en un liceo privado, prolongaron luego esa amistad, a través del tiempo, pasando a la sazón, en la sociedad en que actuaban, con razón o sin ella, como un bello ejemplo de lealtad y de adhesión femeninas.

Desde el punto de vista físico, Emilia no ofrecía a la observación nada de particular. Su persona no se definía visiblemente en ningún sentido, ni por la estatura, ni por las formas, ni por el tipo, ni por la armonía o belleza del conjunto. En la misma inexactitud se habría incurrido diciendo de ella que era alta o baja, gruesa o delgada, rubia o morena, fea o hermosa. En ningún terreno era justamente lo uno ni lo otro, sin dejar de participar de ambas condiciones. Sin embargo, hubiera sido aventurado afirmar que a este aspecto anodino en lo exterior, correspondía, moral e intelectualmente, una inocuidad análoga.

Una vez que hubo saludado a Zulema, se desembarazó de una multitud de chismes, yendo a caer sobre el terciopelo azul de un diván la sombrilla, el breviario, el abanico, los guantes, la cartera, el rosario, confundido todo en un perfecto desorden. Parloteó un momento con exceso de asuntos baladíes, ante la sonrisa irónica de su amiga, que la escuchaba con bondadosa indulgencia, y se le cuadró después por delante, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola con fijeza, en actitud de atisbar el efecto que iba a producir. Zulema tuvo en ese instante un presentimiento instintivo, y clavando a su vez los grandes ojos negros en Emilia, preguntó, aparentando indiferencia:

— ¿Qué sucede?

— Pues, hija mía, nada de importancia, — contestó la viuda, con un gesto displicente, que correspondía cabalmente al de Zulema.

Y refirió en seguida, con abundancia de inútiles detalles, que dos días antes, hallándose de visita en casa de una amiga común, se había encontrado en ella con Ernesto, recién llegado del campo, según le manifestara, y alojado a esas horas en el Gran Hotel.

La joven escuchó el relato sin demostrar la mínima sorpresa, oponiendo una mirada inescrutable a la observación sagaz de que se sentía objeto, por parte de su amiga. Y cuando ésta hubo terminado, se limitó a preguntar, con voz firme y fría que desconcertó un tanto a Emilia:

— ¿Eso es todo?

— ¿Qué más habría de ser? — contestó ésta, interrogando a su vez. — Nada más... Es decir... Hablamos de todo un poco... Me acompañó luego hasta casa... Se interesó por tí... Y me dijo, al fin, que hoy, justamente, vendría a presentarte sus respetos, antes de partir; porque, — y me había olvidado de decírtelo, — se embarcará para Europa en el primer vapor...

Emilia dio esta vez en el blanco. Ante su anuncio, Zulema sintió que una súbita angustia oprimía cruelmente su corazón; pero con admirable dominio de sí misma, mirando en los ojos a su amiga, la preguntó, comprimiéndose y sonriendo, con acento zumbón:

— ¿Y tú has querido decírmelo, a fin de comprobar el efecto que produce en mí la noticia?... — Pues ya lo ves, — agregó. Y soltó una leve carcajada, con la que logró ocultar habilmente la emoción que la embargaba.

— ¡Te juro... — intentó decir Emilia.

— Ahórrate el juramento, — la interrumpió Zulema, serenándose. No vale la pena. Ese viaje nada me supone...

— Por lo demás, — añadió después de una pausa, — tú sabes bien que él no se iría con sólo que yo quisiera...

La de Vargas, juzgó prudente imprimir un nuevo giro a la conversación, dándose a inquirir noticias y detalles de la recepción que se ofrecería en la noche de ese día en casa de Zulema, festejando la pascua de resurrección.

*
* *

La luz triunfaba en la suntuosidad de los salones como en un cuento oriental. Radiaba en las bujías, resplandecía en los artesonados, fulguraba en las cornisas y esplendía en los pequeños mármoles y bronces, como un hálito vital que descendiera para poner una nota de armonía vibrante en la entonación inerte de las formas. Difundíase, luego, en la luna de los espejos, deshacíase en matices policromos sobre la superficie de los lienzos, centelleaba en los ojos de la mujeres, y convergía al fin en la hermosura de Zulema, heroína de la fiesta y obligado objeto de todas las miradas y no pocos deseos.

En verdad, su belleza necesitaba este marco luminoso para surgir de la magnificencia del conjunto, como una flor o un iris, con todos los esplendores de la seducción y la gracia, encantadora como muy pocas e irresistible como ninguna.

Seguíala en los salones la admiración de sus amadores, y el caballero que la acompañaba, — señor de los más habidos, — podía vanagloriarse ya, si hubiera de juzgarse por su satisfacción visible, de haberla deslumbrado con nada más que la bizarría apuesta de su persona y las gallardías de su bien decir. Hablábala inclinándose hacia su oído, en forma confidencial, a la que Zulema respondía, tratando al parecer de persuadirle, con una actitud digna, que desarmaba, por adelantado, cualquier mala inteligencia.

Al iniciarse el baile, Zulema, rehusándose a danzar, hizo conducir por su acompañante a un pequeño saloncito contiguo, donde tomó asiento, invitándole a hacer lo propio a su lado.

— Terminemos, — le dijo, — ¿Está o no usted dispuesto a hacer lo que le pido?

— Por lo menos, — contestó el interpelado, — permítame usted que vacile.

— No puedo, Helguera, porque sería ofenderle, — dijo ella. — Yo creo que sólo vacilan los cobardes...

El aludido no se inmutó. Sabía con quien tenía que habérselas y el alcance que debía darse a sus palabras.

— Como usted quiera, — repuso; — yo no tengo por qué ocultarle que lo que me exige es verdaderamente superior a mis fuerzas. Obligarme a mí, que soy, sin duda, quien

la ama más en el mundo, a que vaya ahora a traerle a usted su marido... Y esta noche... Ahora mismo... ¡Es ridículo!

— Ridícula, — replicó Zulema, con un encantador mohín despectivo, — es la actitud solemne que está usted adoptando. En cuanto a sus sentimientos, como a los de tantos otros, no ignora usted el valor real que les doy. Por lo demás, mi ruego es bien sencillo: vaya usted, como el más íntimo amigo de mi esposo, e indúzcale a que venga esta misma noche, a la una. Le esperaré en el jardín.

— ¿Se propone usted reanudar el idilio? — preguntó Helguera, con sorna.

— Si se torna usted impertinente, — replicó la joven, — dejaré de ver en usted a un caballero. Ya le he dicho que necesito ver a Ernesto enseguida, por asuntos graves de intereses. Sé que se embarcará en breve para Europa, y quizás mañana sea tarde.

— Como quiera que fuere, no cuente usted conmigo, — repuso Helguera, sonriendo con la fatuidad de quien confía excesivamente en sí mismo.

— Muy bien, entonces... — dijo Zulema, con calma, jugando con el varillaje de su abanico.

Y poniéndose de pie frente a su interlocutor, mirándole a la cara, agregó pausadamente, con admirativo acento de extrañeza:

— ¡Con que no va usted!...

En esta actitud, de bella que era, se volvió magnífica. Su estatura pareció aumentarse bajo el suntuoso traje azul que la vestía. Su seno, descotado en la amplitud posible, pareció adquirir en ese instante una serenidad estatuaria, contradicha por la coloración tenue que encendió suavemente sus mejillas. Una ligera contracción de los labios, que al ahondar sus comisuras comprimió la barba hielena, acentuando la leve arruga oblicua que arrancaba de la nariz, señaló en su rostro un rictus humillante de soberano desdén; pero al mismo tiempo dejó caer de sus ojos, envolviendo en ella al hombre que sonreía, una mirada de infierno, dulce y grave a la vez, facetada como un diamante que prismara en la radiosa proyección de su espectro, la ternura, el deseo, la esperanza, el odio y el desprecio condensados en una intensa pasión. Helguera se sintió sumergido como en un sueño de gloria, y sin po-

der resistir esa mirada, que tenía para él, no obstante, la atracción de un abismo, desvió la vista y balbuceó:

— ¡Pues bien: iré!

— ¡Gracias! — contestó sencillamente Zulema, tendiéndole la mano en ademán afectuoso.

Y mientras Helguera volvía a ella los ojos, como alelado, añadió cortesmente:

— Y ahora, permítame usted, un instante. Tengo órdenes que dar.

Y recompensando a su amigo con una amable sonrisa, abandonó el saloncito y se dirigió a sus habitaciones.

Tenía un gran deseo de estar sola. Pensaba, y no sin razón, por cierto, que en las horas corridas de ese día había vivido mucho más que de ordinario, en igualdad de tiempo. Las diversas situaciones espirituales por que había pasado, desde que despertó hasta entonces, traíanla agitada y en un estado de excitación nerviosa, si bien no desusada, poco común en ella. No se trataba, como otras veces, de una crisis que sólo obedeciera, acaso, a cualquier trastorno orgánico. Bien sabía ella que la inquietud que cruel y dulcemente la afligía a esas horas, arraigaba muy adentro, más allá de donde alcanzan las reacciones de las drogas, o en sus efectos, los demás variados recursos de la ciencia. No ignoraba que la ansiedad que desde la mañana anterior la dominaba, era la misma que solía invadirla, en ocasiones, en la ya lejana adolescencia, cuando, dilatando ante sus ojos fantásticos mirajes, su ternura femenina iluminábale el alma con un vago anhelo de amor.

Quería hallarse a solas para analizar sus emociones del día, concretar sus impresiones y desentrañar, a ser posible, de entre la maraña de sus ideas y sentimientos contradictorios y opuestos, la íntima razón de ser de esta solución natural escogitada por ella para su vida incongruente, cual si se hubiera propuesto confirmar, con la lógica de su desenlace, la total ausencia de lógica que había caracterizado hasta ese día su acción.

Absorta en estas reflexiones, Zulema avanzó hacia su departamento, deteniéndose junto a un pequeño quiosco de cristales, en el jardín de invierno, sumido a esa hora en la penumbra formada por la luz difusa que desde las esquinas

de la terraza próxima, vertían los pequeños focos eléctricos que en la aguda extremidad de sus dardos, dirigidos al cielo, sostenían dos centauros de bronce.

La noche la cubría como un manto piadoso, y frente a ella, su espíritu se elevaba en un éxtasis que no había conocido hasta entonces. Llegábanle, atenuados por el viento, los rítmicos acordes de la orquesta, que parecían robustecer, en los salones esplendentes, la misma inmensa ansiedad de vida que a ella la dominaba. El resplandor amortiguado de las bujías distantes y la luz de las estrellas, caían blandamente sobre su cabellera, realzando la blancura de la frente con una como aureola; mientras que, oponiéndose a ella por contraste, su energía juvenil acumulada ponía en sus pupilas la frialdad y la dureza inalterables de una punta acerada.

Ciertamente que nadie podría asegurarlo; pero hubiérase dicho que su bella alma nativa, inconscientemente heroica hasta en sus veleidades y errores, se dirigía en ese instante a las potencias nocturnas, trasfundidas en el éter, ofreciéndose sin reservas, como un cáliz propicio, pleno de amor y gracia, a la divina serenidad de la noche.

Su pensamiento flotaba en un limbo en el que las ideas, vagando como trasgos, no llegaban nunca a substanciarse. Y así, tan pronto recordaba la carta sin objeto escrita a la mañana, o la actitud un tanto equívoca de Emilia, como la anunciada y no cumplida visita de su esposo, o bien a sus amigos que a pocos pasos de ella expiaban, acaso, su presencia. A decir verdad, estos no ocupaban, en este instante, albergue alguno en su corazón: estaba harta de jugar. Preocupábala, en cambio, la de Vargas, cuya conducta se le antojó, de pronto, sospechosa. Hubiera deseado conocer, exactamente, su conversación con Ernesto, y el motivo a que éste había obedecido para no acudir a saludarla, no obstante el anuncio de su amiga. El primer vapor, — se había enterado, — que saldría en viaje a Europa, lo haría al día siguiente. ¿Se habría propuesto Ernesto partir sin visitarla?... No podía esperar de su caballerosidad; pero si así fuese, consideraba haber frustrado ya ese propósito con la misión que acababa de confiar a Helguera. Antes de una o dos horas, quizás, su marido estaría con ella, no a sus pies, como antes lo pretendiera su vanidad de niña, sino a su lado, como lo deseaba hoy su amor

que despertaba, en la plenitud de su fuerza, para restaurar sobre esa base una vida, que ella había desquiciado.

Con esta seguridad, volvió sobre sus pasos y se dirigió lentamente a los salones, juzgando que, por estar aún la fiesta en sus comienzos, su ausencia podía ser advertida. No habían llegado aún todos los invitados, y era fácil distinguir en la concurrencia las caras conocidas, que lo eran casi todas.

No fué poca, pues, la sorpresa de Zulema, al divisar a Helguera, conversando tranquilamente en rueda de caballeros, en un ángulo del salón principal. Al verla, aquél se aproximó y ante la mirada severa de la joven, que pareció interrogarle, expresó en voz baja, a tiempo que la ofrecía el brazo.

— No olvido mi promesa, señora; pero Ernesto no va al círculo, que es donde tengo la seguridad de hallarle, hasta las once y media o las doce... y acaban de dar las diez.

— Pues se lo recordaré a usted a las once, — se limitó a contestar Zulema, al ojos vistas contrariada, mientras abandonaba el brazo de su acompañante para salir al encuentro de Emilia Leoncio, que habiendo llegado en ese instante, avanzaba hacia ella.

Sin darla tiempo para reanudar la conversación de la mañana anterior, Zulema la incorporó a un grupo de amigas y con un fútil pretexto abandonó otra vez el salón, yendo a refugiarse en el pequeño recibimiento que, en sus habitaciones, destinaba habitualmente a sus amistades de confianza.

Una vez en él, extrajo de un cofre de alce la carta que escribiera a Ernesto esa mañana, agregó una postdata citándole para esa noche, y tocó el timbre llamando a su doncella.

Esta se presentó a poco.

— Envía esta carta inmediatamente a su destino por uno de la casa, en automóvil,—ordenó Zulema, entregándole el sobre.

Y agregó:

— No tiene respuesta. Si el señor no estuviera en el hotel, pueden dejarla.

Salió la criada, y Zulema, retirando de un anaquel una edición de Guillaume, entretúvose en hojearlo para distraer el hastío que empezaba a invadirla.

En ello estaba cuando apareció un lacayo:

— El señor Ernesto Funes desea saludar a la señora, — anunció, inclinándose.

Zulema, palideciendo y con el corazón opreso, — no sabía si de alegría o angustia, — miró, sin embargo, tranquilamente al lacayo, diciéndole:

— Hágale usted pasar.

Frente a un espejo, la joven se sonrió luego a sí misma, satisfecha. Y volviendo a tomar asiento, esperó...

*
* *

Dos minutos después destacábase en el dintel de la puerta la silueta de Ernesto. Avanzó con grave continente e inclinándose ante su esposa, la tendió en cordial ademán la diestra honrada, que la joven oprimió suavemente con la suya.

En el claroscuro indeciso de la luz atenuada por el color verde azul de las tulipas, Ernesto aparecía hermoso. De elevada estatura, más bien moreno, ostentaba en la gallardía de su empaque y en la natural distinción de sus maneras, el sello inconfundible de su estirpe. Su expresión era afable, bien que un dejo acentuado de tristeza, al nublar a veces su semblante, lo tornara un tanto rígido, al acentuarse en él los rasgos de una gravedad insospechada.

Correspondiéndole, Zulema le acogió a su vez con una sonrisa ceremoniosa, no exenta, sin embargo, de un leve matiz amable. Al verle, se sobrecogió algún tanto, conmovida, al sentir condensada en ese instante, decisivo para ella, su agitación espiritual de ese día. La asaltó el impulso de tenderle los brazos, en un movimiento de ternura, como para solucionar con ese acto primo la situación a que deseaba dar fin; pero contenida por la fría cortesía de Ernesto, se sobrepuso a sí misma, e invitando a su esposo a tomar asiento a su lado, expresó en la actitud atenta su disposición de escucharle.

Y Ernesto habló, naturalmente, sin la menor alteración en la voz, cuya seguridad varonil, al no transparentar la mínima emoción, conturbaba con un ansia angustiosa el alma de Zulema. Poco era, por otra parte, lo que debía decir. A la mañana siguiente emprendería un viaje, del que ignoraba aún cuánto había de durar, ni hasta dónde lo prolongaría el azar. De ahí que, antes de marcharse, hubiera querido venir a presentarle sus respetos y ponerse a sus órdenes.

— ¿Nada más? — preguntó la joven, mirando tiernamente a su esposo, con fijeza, cual si hubiese querido escrutar en sus pupilas el fondo mismo de su alma.

El sintió el efecto eléctrico de esa mirada, que conocía; pero, dominándose, contestó con calma:

— También quería hacer saber a usted que he dispuesto lo necesario para que, en cualquier momento, durante mi ausencia, se pueda efectuar sin dificultad alguna, la separación judicial de nuestros bienes.

Frente a esta respuesta, tan distinta de la que hubiera deseado, y que llegaba a humillarla, Zulema reaccionó en un impromptu:

— Eso no me interesa, — replicó bruscamente, bajando la vista, entristecida.

Esta actitud inesperada era harto significativa para que pudiera pasar inadvertida a los ojos de Ernesto. Observándola, empezó a comprender; pero, sin inmutarse, añadió:

— No obstante, es necesario que usted se preocupe de ello. Yo he invertido, en los dos últimos años, la mayor parte de su capital, que a estas horas está apreciablemente aumentado. No hallándome yo aquí para velar por él, debe usted disponerse a hacerlo por sí misma.

Insistiendo en el tema y cual si obedeciera a un propósito deliberado, Ernesto se extendió a renglón seguido en una exposición circunstanciada sobre el empleo que había dado a la fortuna de su esposa, las precauciones que había adoptado para ponerla a cubierto de todo riesgo, y las probabilidades que había de que ella se acrecentara mayormente todavía, en un término breve.

¡Cuán cruelmente caían sus palabras en los oídos y el corazón de Zulema! En la situación de espíritu en que se hallaba, cuando el alma acongojada por el remordimiento supplicaba la palabra tierna de amor, legítimo y sincero, que había de redimirla, sólo le era dado escuchar, en su reemplazo, el acento frío que hablara gravemente de intereses vulgares, que no la preocupaban. Y esto, de labios del hombre al que se sentía unida en forma indisoluble, y a quien talvez hiciera sufrir tanto porque le amaba mucho; que en puridad de verdad, parecía ahora haberle amado siempre, como en ese instante, con un amor apasionado y noble, al cual, después de todo, brindó en la hora oportuna las primicias preciadas de su belleza y su juventud triunfales.

Era horrible, y tanto, que venciendo todas las resisten-

cias de su orgullo y hasta las que oponía el pudor frente a ese hombre que aparecía ante ella como un extraño, Zulema se decidió a hablar. Y plena de sinceridad, despojado el espíritu de los falsos conceptos que habían contribuido a descarriarlo, lo hizo extensamente, en un visible propósito de justificar su conducta y hacer comprensible la evolución moral que la impulsaba otra vez hacia su esposo, sin una mancha en el nombre ni una mengua en su honor.

Ernesto la escuchaba, con atención creciente, sintiendo que se acentuaba por momentos la sugestión fatal de su belleza, en tanto que el recuerdo embriagador del pasado comenzaba a hostigarle. A pesar de todo, esa mujer era la misma a quien había amado generosamente, sin prevenciones ni limitación algunas, con el frenesí ardoroso de la juventud primera, que enaltecía, a sus ojos, el hondo sentimiento que fundía en un sólo término sus almas. Fué, sin duda, un dulcísimo delirio al que él no supuso fin, cercano ni distante, puesto que lo creía amparado, contra las asechanzas del tiempo, por el prestigio inmarcesible y el aromado encanto de la tierna ilusión que les unía.

Esta evocación despertó en su fantasía una melancólica añoranza de la dicha pasada. Quiso resistirse a su influencia, que venía a turbar inesperadamente la serenidad de su espíritu, tratando de distraer el pensamiento, mientras la joven hablaba, sin obtener otro resultado que aumentar la inquietud que le invadía. Se abandonó entonces a las circunstancias y dejó vagar libremente las ideas por el bello panorama que la imaginación desplegabá otra vez ante sus ojos.

Entretanto, Zulema continuaba su alegato, estimulada por la atención deferente con que se veía escuchada. Sus grandes ojos adormilados se posaban brevemente en su esposo, entrecerrándose luego, como para protegerlos, en la red tupida de las pestañas. Su voz cantarina y lánguida vibraba apenas, arrastrando lentamente las sílabas, como una canción de cuna.

Finalmente, llegó a la definición precisa de sus propósitos, concretados en la carta que había enviado una hora antes.

Mientras los enunciaba, Ernesto, traído nuevamente a la realidad cruel de los hechos, volvió a mirar al pasado, aunque a través de otro prisma, tratando en vano de hallar la ilusión que pudiera acordar la absurda conducta anterior de esa

mujer con su actitud actual incomprensible. Ella, que se casó, sin duda, sin amarle; ella, que quiso hacerle su juguete o su esclavo, le hablaba hoy de ternura, de amor, de sacrificio, remitido todo al futuro; pero él sabía ya, por dolorosa experiencia, qué significaban realmente las decisiones de esa voluntad desorientada y las mejores intenciones de ese espíritu errátil.

— ¡Arráncame a esta vida! — gimió ella, por fin, volviendo al tuteo familiar de sus primeros tiempos de casada. — Me ahoga y me envenena. ¡Llévame contigo!

Y sin poder ya contenerse, echó los brazos desnudos al cuello de su esposo, y añadió, rindiéndose:

— ¡Te amo!...

Su mirada suplicante y su aliento enardecido envolvieron a Ernesto en una onda voluptuosa, que le demudó el semblante; pero, reprimiéndose al punto, se deshizo suavemente de los brazos que le oprimían con ya olvidada ternura, y quedó un momento pensativo, los ojos entornados, como abstraído en una vaga visión.

¿Qué pasó en esos breves instantes por su espíritu?... Volvió a vivir en ellos las últimas etapas de su vida deshecha, su aislamiento de soltero, su dudosa ventura de casado, y desde luego, las horas de angustia, de desconuelo y de tedio, que durante dos años le habían amargado, en la soledad sosegada de los campos, a donde fuera a enterrar su dolor y su existencia.

Se vió allá, en la paterna heredad como perdida en la vasta extensión de la llanura, consagrado al trabajo que nunca rehuyera, pero al cual se entregó en esta ocasión con un raro fervor de alucinado, logrando al fin su objeto de ahogar en su vorágine el hondo desengaño que anulara su vida. Lo que allí sufrió, hasta obtener, que el tiempo cicatrizara su herida y poder reconquistar al fin su voluntad y su acción, sólo Dios lo sabía.

Era tan honda la evocación, que, sin él proponérselo, sus pensamientos se tradujeron inopinadamente en palabras, fluyendo éstas de sus labios, lentas, precisas, claras, como para no dar lugar a dudas ni esperanzas sobre la negativa rotunda que encerraban.

Al “¡Te amo!” de Zulema, que todo lo compendia, respondía con un categórico: ¡Ya es tarde!... A su — “¡Ámame!”: — ¡No puedo!...

Y es que él resumía, a su vez, en sus respuestas, el estado de verdadero agotamiento sentimental a que el dolor le había conducido. Con la serenidad un tanto dolorosa de un convalesciente que recordara el proceso del mal que le puso a las puertas de la muerte, refirió a Zulema cómo al anodamiento en que le sumiera, al principio, la ruptura imprevista, sucedió una atonía prolongada, de la que sólo salió para caer en un estado de tristeza invencible, que fué cediendo, no obstante, lentamente, hasta que un sentimiento de conformidad completó al fin la evolución de su espíritu, obligándole, al acatar su destino, a aceptar como definitiva la solución injusta que ella misma, su esposa, había dado a su vida, truncada así para siempre.

Tanta sinceridad había en sus palabras, que Zulema, conociéndole, comprendió que la resolución que ellas traducían era irrevocable. Ligeramente pálida, por la sensación de pavor que la invadía ante el porvenir que vislumbraba ahora desolado y estéril, se irguió con su altivez ingénita, más por costumbre o por instinto que por un impulso de su orgullo herido, del que en ese momento se hallaba despojada.

— Entiendo que esta es su última palabra, — dijo mirando a Ernesto con ojos que no dejaban traslucir en modo alguno su profunda emoción.

— Es así, en efecto, — repuso aquél.

— Pues bien, — continuó ella, con dignidad, plegando los labios en una sonrisa que podía ser, a la vez, triste o irónica: — Es usted digno de mí. Sabré corresponderle...

Y tras una breve pausa, añadió, tendiéndole la mano:

— Le deseo a usted feliz viaje.

Ernesto tomó la mano que se le ofrecía y sin echar de ver su frialdad, depositó en ella un beso que era un simple homenaje a su belleza, y, con una reverencia, abandonó la salita.

Zulema le vió alejarse, de pie, inmóvil, con el alma oprimida, sintiendo en los ojos la comezón del llanto, que subía. Ahogó su humillación y arrojándose luego, cuan larga era, sobre el canapé en que él estuvo sentado, con el rostro hundido en el respaldo, ella, que tantas simientes de dolor había arrojado en los surcos de las almas ajenas, lloró a su vez copiosa y desoladamente una pena de amor a cuyo imperio no había esperado nunca someterse. En los salones contiguos.

la orquesta parecía estallar entonces en un diluvio de arpeggios auspiciosos, a los cuales se mezclaba el rumor apagado de las voces y las risas, dando, en conjunto, la impresión de la fiesta en su apogeo. Zulema no lo advertía. Y abismada en su cuita, mientras el llanto de amor la rescataba en la redención humana del dolor, sintió que un silencio de abismo la invadía y que cerraba en su espíritu una noche sin términos, en cuyo fondo sombrío la Inmaculada de Murillo surgía de improviso, irradiando, como una antorcha eternamente encendida, la placidez maternal de su serenidad...

J. E. Fernández de la Puente.



RUIZ Y ROCA
2, FLORIDA, 2 - Bs. As.

**LA CASA DE MODA
— PARA —**

**PEINADOS, POSTIZOS
PERFUMERIA**

Casa de primer orden

SOLICITEN CATALOGOS



YA NO TIENE PECAS, PAÑO O MANCHAS

Porque ella usa

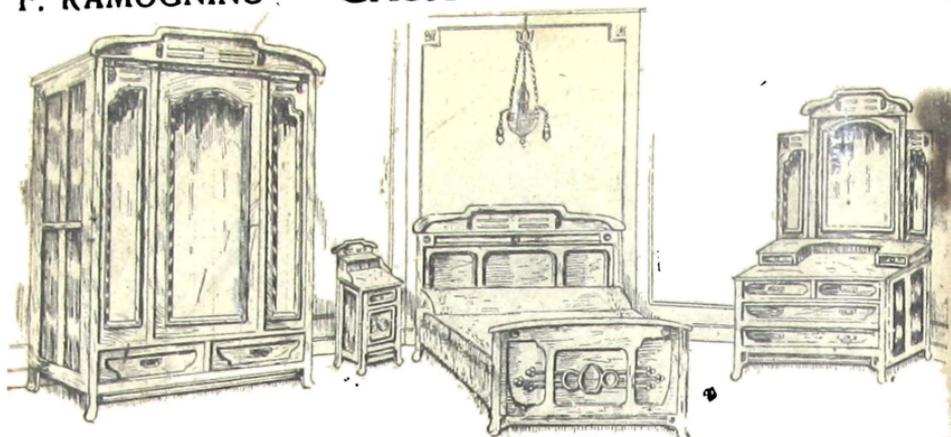
Crema Bella Aurora "Sillman's Freckle-Cream"

Remedio garantizado para quitar las pecas y para blanquear el cutis



Muebleros y Particulares

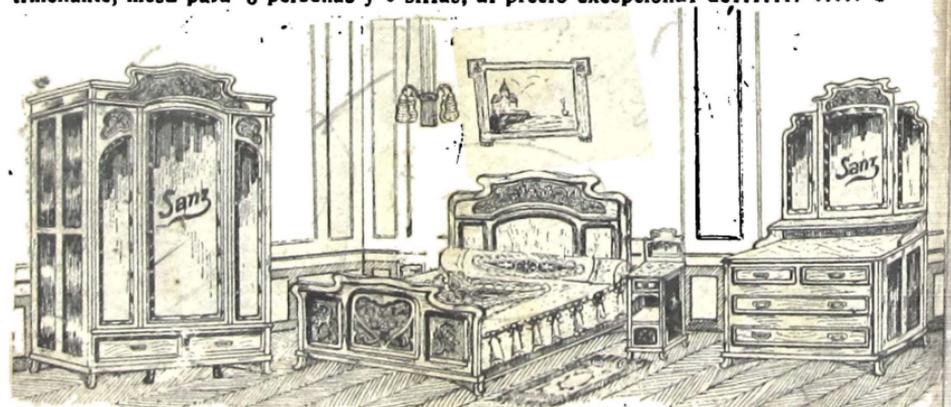
F. RAMOGNINO — CASA SANZ — 826-SARMIENTO-844



GRAN JUEGO roble macizo, importado, 3 cuerpos, gran formato, 9 piezas, lo mejor, colcha mate obsequio, por..... \$ 285



JUEGO DE COMEDOR, de roble o cedro, con bronce, compuesto de aparador trinchante, mesa para 6 personas y 6 sillas, al precio excepcional de..... \$ 215



ELEGANTE y sólido dormitorio 3 cuerpos, roble norteamericano, importado, macizo, bien tallado, 9 piezas, lunas bis., már. rosa, antes valían \$ 500, colcha obsequio \$ 270